

JOSÉ LUIS MARTÍN DESCALZO

RAZONES PARA LA ALEGRÍA

CUADERNO DE APUNTES II

TRIGESIMOCTAVA EDICIÓN

Ediciones Sígueme
Salamanca 2025

© Ediciones Sígueme, S.A., 1999
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

Cubierta: imagen digital realizada por Christian Hugo Martín
para Ediciones Sígueme

ISBN: 978-84-301-2276-9

Depósito legal: S. 126-2019

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	11
1 El sacramento de la sonrisa	15
2 El gozo de ser hombre	18
3 Aprender a ser felices	21
4 Vidas perdidas	24
5 Las riquezas baratas	27
6 Pelos largos, mente corta	30
7 Con esperanza o sin esperanza	33
8 Un puñetazo en el cráneo	36
9 Defensa de la fantasía	39
10 La impotencia del amor	42
11 Nacido para la aventura	46
12 Elogio de la nariz	50
13 Un vuelco en el corazón	53
14 Vivir con la lengua fuera	56
15 Ser el que somos	59
16 Vivir con el freno puesto	62
17 El alma sin desdoblar	65
18 Los ojos abiertos y limpios	68
19 Todos mancos	72
20 El ocaso de la conversación	76
21 Alcanzar las estrellas	80
22 La paz nuestra de cada día	84
23 Vivir en el presente	88
24 Pecado de amor	92

25	Del pasotismo como una forma de suicidio ..	95
26	Un mundo de sordos voluntarios	99
27	Dar vueltas a la noria	103
28	La victoria silenciosa	106
29	El desorden de factores	110
30	La generación del bostezo	113
31	Una fábrica de monstruos educadísimos	116
32	Constructores de puentes	119
33	Condenados a la soledad	122
34	La soledad sonora	125
35	La alternativa	128
36	La cruz y el bostezo	132
37	¡Soltad a Barrabás!	136
38	Ante el Cristo muerto de Holbein	141
39	Dedicarse a los hijos	145
40	El rostro y la máscara	148
41	Quien se asombra, reinará	151
42	Caperucita violada	154
43	Las dimensiones del corazón	157
44	La cara soleada	160
45	Adónde vamos a parar	163
46	Las tres opciones	166
47	La tierra sagrada del dolor	169
48	La alegría está en el segundo piso	172
49	La mejor parte	175
50	La herida del tiempo	178
51	La brisa del cementerio	181
52	Los domingos del alma	184
53	La trampa del optimismo	187
54	Los maestros de la esperanza	190
55	La minirrevolución	193
56	La familia bien, gracias	196
57	Las estrellas calientes	199
58	Familias felices	202
59	La flecha y el arco	205
60	La flecha sin blanco	208
61	La verdad peligrosa	211
62	La estrella de la vocación	214

63	El año de «tu» juventud	217
64	El mundo es ruidoso y mudo	220
65	El frenesí del bien	223
66	Lo que vale es lo de dentro	226
67	La fantasía como fuga	229
68	La felicidad está cuesta arriba	232
69	Historia de mi yuca	235
70	Mientras cae la nieve	238
71	Pascua: camino de la luz	242
	<i>Via lucis - camino de la luz</i>	250

INTRODUCCIÓN

Me pregunto si la mañana de hoy es, precisamente, la ideal para escribir el prólogo de un libro que se titula Razones para la alegría. Anteayer me llamó el editor para meterme prisas, diciéndome que, si quiero llegar con él a la Feria del Libro, tendré que enviarle los originales esta misma semana. «Tranquilo, tranquilo –le he dicho–. El libro está listo, sólo me falta el prólogo y mañana mismo lo remato».

Pero esta mañana ha ocurrido «algo». En la rutinaria revisión que cada dos meses hacen a mi corazón y mis riñones, se los han encontrado más pachuchos de lo que yo me imaginaba. Y me han anunciado que mañana o pasado entro en diálisis.

Al llegar a casa me he encontrado de pronto como vacío. ¿Me ponía a llorar? ¿Me dedicaba a compadecerme? Me ha parecido más lógico intentar hacer algo. Pero ¿cómo escribir un prólogo sobre la alegría cuando acaba de derrumbársete un trozo de alma, cuando aún estás intentando tragarte la noticia de que en lo que te resta de vida permanecerás cinco horas, un día sí y otro no, atado a una máquina?

Me detengo. Y pienso que hoy es el día EXACTO para hablar de la alegría. Porque el gozo que van a pregonar estas páginas que siguen no es el que se experimenta porque las cosas vayan bien, sino el que no cesa de brotar «a pesar de que» las cosas vayan cuesta arriba (no quiero decir mal). Éste es, me parece, el

sentido de la bienaventuranza cristiana: no se promete en ella la felicidad a los pobres porque vayan a dejar de serlo, ni a los que tienen hambre porque ya está llegando alguien con un bocadillo. El gozo que allí se promete es aquel en el que las razones para la alegría son más fuertes que las razones para la tristeza, no el gozo que proporcionan la morfina o la siesta.

A esa alegría –os lo juro– no estoy dispuesto a renunciar. Bastaría la acogida que estas cosillas mías están teniendo para sostenerme. ¿Sabéis? Es asombroso cuánto amor gira sobre el mundo sin que los tontos lo percibamos, cuánta gente nos quiere sin que lo descubramos, en qué misteriosos lugares puede germinar nuestra palabra sin que lleguemos a enterarnos.

Hace tres años ya empecé este «cuaderno de apuntes» en ABC, y desde entonces no he cesado de sentirme acompañado en mi aventura. Razones para la esperanza, que recogió la primera parte de estas notas, tuvo un éxito –para mí asombroso– que le hace andar ya por su tercera edición en pocos meses. Este segundo hermano prolonga mi testimonio de fe en la vida. En la vida con minúsculas y en la gran Vida con mayúscula. Ojalá sea útil para alguien. Ojalá caliente algún corazón. Ojalá ayude a alguno a recuperar la fe en su propia alegría.

P. S. – Una nueva razón para la alegría: cuarenta y ocho horas después de escrito este prologoillo –en el que yo aprove-

chaba mi enfermedad para pavonearme un poco de héroe— el médico me concede un mes más de «amnistía». Me alegra, claro. Y —después de reírme un poquito de mi melodramática introducción— me dispongo a robarle a la enfermedad un mes. O dos. O todos los que se deje. Y añado esta posdata para tranquilidad de mis amigos.

EL SACRAMENTO DE LA SONRISA

Si yo tuviera que pedirle a Dios un don, un solo don, un regalo celeste, le pediría, creo que sin dudarlo, que me concediera el supremo arte de la sonrisa. Es lo que más envidio en algunas personas. Es, me parece, la cima de las expresiones humanas.

Hay, ya lo sé, sonrisas mentirosas, irónicas, despectivas y hasta esas que en el teatro romántico llamaban «risas sardónicas». Son esas de las que Shakespeare decía en una de sus comedias que «se puede matar con una sonrisa». Pero no es de ellas de las que estoy hablando. Es triste que hasta la sonrisa pueda pudrirse. Pero no vale la pena detenerse a hablar de la podredumbre.

Hablo más bien de las que surgen de un alma iluminada, esas que son como la crestería de un relámpago en la noche, como lo que sentimos al ver correr a un corzo, como lo que produce en los oídos el correr del agua de una fuente en un bosque solitario, esas que milagrosamente vemos surgir en el rostro de un niño de ocho meses y que algunos humanos —¡poquísimos!— consiguen conservar a lo largo de toda su vida.

Me parece que esa sonrisa es una de las pocas cosas que Adán y Eva lograron sacar del paraíso cuando les expulsaron y por eso cuando vemos un rostro que sabe sonreír tenemos la impresión de haber retornado por unos segundos al paraíso. Lo dice estupendamente Rosales cuando escribe que «es cierto que te puedes perder en alguna sonrisa como dentro de un bosque y

es cierto que, tal vez, puedas vivir años y años sin regresar de una sonrisa». Debe de ser, por ello, muy fácil enamorarse de gentes o personas que posean una buena sonrisa. Y ¡qué afortunados quienes tienen un ser amado en cuyo rostro aparece con frecuencia ese fulgor maravilloso!

Pero la gran pregunta es, me parece, cómo se consigue una sonrisa. ¿Es un puro don del cielo? ¿O se construye como una casa? Yo supongo que una mezcla de las dos cosas, pero con un predominio de la segunda. Una persona hermosa, un rostro limpio y puro tiene ya andado un buen camino para lograr una sonrisa fulgida. Pero todos conocemos viejitos y viejitas con sonrisas fuera de serie. Tal vez las sonrisas mejores que yo haya conocido jamás las encontré precisamente en rostros de monjas ancianas: la madre Teresa de Calcuta y otras muchas menos conocidas.

Por eso yo diría que una buena sonrisa es más un arte que una herencia. Que es algo que hay que construir, pacientemente, laboriosamente.

¿Con qué? Con equilibrio interior, con paz en el alma, con un amor sin fronteras. La gente que ama mucho sonríe fácilmente. Porque la sonrisa es, ante todo, una gran fidelidad interior a sí mismos. Un amargado jamás sabrá sonreír. Menos un orgulloso.

Un arte que hay que practicar terca y constantemente. No haciendo muecas ante un espejo, porque el fruto de ese tipo de ensayos es la máscara y no la sonrisa. Aprender en la vida, dejando que la alegría interior vaya iluminando todo cuanto a diario nos ocurre e imponiendo a cada una de nuestras palabras la obligación de no llegar a la boca sin haberse chapuzado antes en la sonrisa, lo mismo que obligamos a los niños a ducharse antes de salir de casa por la mañana.

Esto lo aprendí yo de un viejo profesor mío de oratoria. Un día nos dio la mejor de sus lecciones: fue cuando explicó que si teníamos que decir en un sermón o una conferencia algo desagradable para los oyentes, que no dejáramos de hacerlo, pero que nos obligáramos a nosotros mismos a decir todo lo desagradable sonriendo.

Aquel día aprendí yo algo que me ha sido infinitamente útil: todo puede decirse. No hay verdades prohibidas. Lo que debe estar prohibido es decir la verdad con amargura, con afanes de herir. Cuando una sola de nuestras frases molesta a los oyentes (o lectores) no es porque ellos sean egoístas y no les guste oír la verdad, sino porque nosotros no hemos sabido decirla, porque no hemos tenido el amor suficiente a nuestro público como para pensar siete veces en la manera en la que les diríamos esa agria verdad, tal y como pensamos la manera de decir a un amigo que ha muerto su madre. La receta de poner a todos nuestros cócteles de palabras unas gotitas de humor sonriente suele ser infalible.

Y es que en toda sonrisa hay algo de transparencia de Dios, de la gran paz. Por eso me he atrevido a titular este comentario hablando de la sonrisa como de un sacramento. Porque es el signo visible de que nuestra alma está abierta de par en par.